

podemos suponer que la dama fué recibida por el querido Flintwinch... ¿No es verdad, viejo intrigante?

Jeremías, que observaba á la viuda, no contestó.

—Muy pronto—pros'guió Blandois,—la dama hizo un enojoso descubrimiento, de resultas del cual, ardiendo en deseos de vengarse, á pesar de su frialdad aparente, ciega de cólera y de celos concibió... ¿me escucha usted bien, señora?... un proyecto inicuo, obligando diestramente á su débil esposo á cargar con toda la responsabilidad: quería anonadar á su rival. ¡Qué inteligencia tan superior! ¡esa mujer es un genio!

—¡No te acerques, Jeremías!—volvió á gritar Affery retirando otra vez de su boca la punta del delantal;—ese es también uno de mis sueños. Una noche de invierno disputabas con ella en la obscuridad... los dos estabais en el mismo sitio de ahora... tú le decías que no debía haber dejado á Arturo sospechar de su padre; que ella era siempre el ama, y que como tal, su obligación era reprenderle. También le dijiste que ella no era... alguna cosa... no sé qué, porque la señora se enfureció tan terriblemente que te cortó la palabra. Bien debes recordar este sueño, pues bajaste á la cocina con el candelero en la mano, y después de arrancarme el delantal con que cubría mi cabeza, me aseguraste que aquello de los sueños era una ilusión mía...

Al llegar aquí, Affery volvió á taparse la boca, siempre en la misma postura, siempre dispuesta á gritar ó á lanzarse por la ventana si su marido daba un solo paso hacia ella.

Blandois no había perdido una sola palabra.

—¡Ah! lo que es ahora, preciso es reconocer que la señora Flintwinch es una verdadera pitonisa. ¿Cómo deben interpretar ese oráculo usted, yo, y ese viejo intrigante? Flintwinch dijo que usted no era... algo; y usted se encolerizó para imponerle silencio. ¿Qué es lo que usted no era? ¿Qué no es usted? ¡Vamos, díganos algo sobre eso, señora!

La sangre fría de la viuda no pudo ya resistir á este cruel sarcasmo; en su boca se dibujó un pliegue y sus labios temblaron y entreabriéronse, á pesar de los esfuerzos que hacía para mantenerse impassible.

—¡Veamos, querida, señora, hable usted un poco! Nuestro viejo intrigante decía que usted no era... y usted le cortó la palabra... Ya sé yo el qué no era, pero desearía que usted me hiciera á su vez esta pequeña confidencia. ¡Vamos, dígalos usted de una vez!

La señora Clennam trató aun de dominarse, pero al fin estalló su cólera y exclamó impetuosamente:

—¡Yo no soy la madre de Arturo!

—¡Bueno!—repuso Blandois,—ya veo que entra usted en razón.

Este arranque hizo caer en pedazos la máscara de impassibilidad que la viuda había conservado hasta entonces; la cólera que se concentraba en su corazón rebosó por todos los poros; y añadió con la misma violencia:

—Quiero referir esta historia yo misma; no quiero que salga de los labios de usted manchada con su iniquidad. Puesto que es preciso que se conozca, intérpretesela cuando menos desde el punto de vista que yo la consideré, y no se diga una palabra más. Escúcheme usted.

—A menos de ser usted más tenaz de lo que yo pensaba—interrumpió Jeremías,—mejor fuera que dejara usted al señor Rigaud, al señor Blandois ó á Belcebú contar las cosas á su manera. ¿Qué importa esto si lo sabe todo?

—No lo sabe todo.

—Sabe cuanto le importa saber—replicó Flintwinch con mal humor.

—No me conoce á mí.

—¡Ah! ¿cree usted que le daría algún cuidado conocerla ó no, mujer orgullosa?

—Le repito á usted, Flintwinch, que quiero hablar; y ya que las cosas han llegado á este punto, me empeño en referir yo misma cómo ha pasado todo desde el principio hasta el fin ¡Cómo! ¿habría sufrido yo tantas privaciones en la soledad de esta habitación y tan larga cautividad para resignarme después á no poder contemplar mi imagen sino en un espejo como el que me ofrece «ese hombre?» ¿Pues no oye usted lo que dice? Aunque Affery hubiera de ser cien veces más ingrata de lo que es, y se pudiese imponer silencio á ese miserable, lo referiría todo yo misma más bien que sufrir el tormento de oirlo de boca ajena.

Blandois hizo retroceder su silla un poco para estirar las piernas, y con los brazos cruzados contempló impassible á la viuda.

—No sabe usted lo que es—continuó ésta, mirando á Rigaud,—una educación severa, como la que yo he recibido. Mi juventud no fué alegre, y durante ella jamás supe lo que eran culpables placeres. Me he criado en el retiro, en la penitencia y el temor: la corrupción de nuestros corazones, la ini-

quidad mundana, la maldición del pecado original, las asechanzas que nos rodean... tales fueron los asuntos de meditación ofrecidos á mi juventud; ellos fueron los que formaron mi carácter, inspirándome en un santo horror á la perversidad. Cuando el anciano señor Gilberto Clennam propuso á mi padre darme por esposo á su sobrino huérfano, mi bondadoso padre me aseguró que la educación de mi pretendiente no había sido menos severa que la mía; díjome que además de la disciplina á que estaba sometido, había pasado su vida en una casa donde el libertinaje y la disipación eran cosas ignoradas, donde diariamente se repetía el mismo trabajo y se sufrían las mismas privaciones; añadió que mi futuro había llegado á ser un hombre mucho antes de que su tío dejara de tratarle como un muchacho; y que desde su salida del colegio la casa había sido para él un santuario contra el contagio de los profanos y de los libertinos. Al año de casados descubrí que en la época misma en que mi padre me hablaba de este modo, mi esposo había pecado contra el Señor, infiriéndome un agravio por sus relaciones con una mujer culpable. ¿Cómo podía yo poner en duda que la Providencia me hubiese elegido para castigar semejante falta? ¿Había de olvidar yo desde luego... no mis propios agravios, pues yo no era sino un instrumento en manos del Señor... pero sí mi horror al pecado y la santa guerra que estaba acostumbra á declarar al impío?

La viuda puso su mano vengadora sobre el reloj que estaba en la mesa y continuó:

—«No olvides:» entonces, como hoy, las iniciales de estas palabras estaban en la doble caja de este reloj; el cielo me había destinado á encontrar con él en el fondo de un cajón secreto, la antigua carta que á ellos hacía alusión, por la cual supe su significado, y para quién estaban bordadas. Si el Señor no me hubiese elegido como instrumento, yo no habría sabido nada. Estas palabras me decían claramente: «No olvides el pecado mortal, no olvides que se te ha elegido para descubrir y castigar este crimen.» Y no he olvidado; mas no eran mis propios agravios los que yo recordaba. Yo no era más que la humilde servidora del Señor, y por lo tanto, ¿qué poder hubiera yo tenido sobre los culpables si la Providencia no me los hubiera entregado atados de pies y manos?

Más de cuarenta años habían pasado sobre la cabeza gris de aquella mujer indomable, desde la época cuyo recuerdo acababa de evocar; más de cuarenta años de combates y de

luchas contra la voz que en su interior se elevaba para decirle que podía dar otros nombres á su cólera y á su orgullo vengativos, pero que toda la eternidad no bastaría para cambiar su naturaleza. Sin embargo, á pesar del largo tiempo transcurrido, á pesar de la presencia de aquella cabeza de Medusa que tenía enfrente, obstinábase en su arraigada impiedad, y en trastornar el orden de la creación, amoldando á la imagen de su arcilla impura la imagen del Eterno. A decir verdad, viajeros hay que han encontrado por el mundo ídolos monstruosos; pero ningún hombre ha visto caricaturas de la divinidad más temerarias, más toscas, más repugnantes que las que nosotros, seres formados de la arcilla de la tierra, fabricamos á semejanza de nuestras malas pasiones.

—Cuando hube obligado á mi esposo á darme el nombre y las señas de la culpable—pros'guió la señora Clennam, siempre arrebatada por el torrente de su indignación y la necesidad de defenderse,—cuando acusé á esa mujer y cayó de rodillas á mis pies cubriéndose el rostro, no le hablé de mis agravios ni le reprendí su falta en mi nombre. Los que en otro tiempo fueron elegidos por el Señor para anatematizar á su iniquidad, eran los servidores de Dios; y yo, su indigna émula, ¿no debía también denunciar un gran pecado? Cuando esa mujer me habló de su juventud, de la mísera existencia que había arrastrado su cómplice, del sacrílego simulacro de un casamiento por el cual se habían comprometido secretamente, de los terrores y de la vergüenza de que se sintieron sobrecogidos cuando fuí elegida para instrumento de la venganza, ¿fué *mi* enemiga la que yo hallé á mis pies? ¿Fueron las palabras de mi propio enojo las que la hicieron temblar y palidecer? ¡No, no es á mí á quien corresponde la gloria de tan justa expiación!

Hacía muchos años que la señora Clennam no había podido hacer uso de sus dedos; pero mientras hablaba observóse que golpeaba varias veces la mesa con el puño, y que al pronunciar estas últimas palabras levantó su brazo del todo con tanta facilidad como en otra época.

—¿Y qué prueba de arrepentimiento arranqué yo á esa mujer perdida y depravada, yo, vengativa é implacable, pues tal vez lo parezca á los ojos de hombres como usted, que no han vivido entre los justos, ni conocen más mandamientos que los de Satanás? ¡Ríase usted en buen hora! Flintwinch me conoce; pero esto no me impedirá mostrarme tal como soy, aun delante de esa vieja criada loca.

—Añada usted delante «de sí misma,» señora—observó Blandois;—tengo una vaga idea de que no le sabe mal justificarse «sobre todo» á sus propios ojos.

—¡Es falso!—gritó la señora Clennam con mucha energía y cólera.

—¿De veras? ¡Ah! ¡Quién lo diría!

—¿Cuál es la obra de penitencia que yo exigí á esa mujer?—prosiguió la viuda.—«Tiene usted un hijo, le dije, y yo no; usted le ama; cédamelo, creará que es mío y pasará como tal. A fin de evitar el escándalo, su padre jurará no ver á usted más ni escribirle; y para que su tío no le desherede, exponiéndole á ser un mendigo, usted jurará lo mismo. Con estas condiciones, y cuando haya usted renunciado á los medios de existencia que recibe de mi esposo, yo me encargaré de su hijo. Es forzoso que se ignore dónde se halla usted; y si le place, podrá pasar por una mujer honrada á los ojos de todos, excepto á los míos... Esto es todo...» La culpable debió sacrificar su criminal y vergonzosa pasión: nada más. Después quedó libre de soportar en secreto el peso de su crimen y morir de pena; de evitar (gracias á un breve padecimiento, demasiado corto en mi opinión, para expiar su culpa,) un castigo eterno, alcanzando su salvación, si al Señor le plugo tocarla con un rayo de su gracia. Si se ha visto perseguida por una cólera vengadora y por llamas que la devoraban, ¿soy yo quien las encendió?

La viuda dió una vuelta al reloj para contemplar de nuevo las letras, y continuó en el mismo tono:

—No se olvidaron el uno del otro, porque los pecados de este género no se olvidan jamás. Si la presencia de Arturo era una reprensión continua para su padre, y si la ausencia de aquél aumentaba diariamente las angustias de la madre, esto fué la justicia de Jehovah. También podrían acusarme de haber sido causa de la locura de aquella mujer, porque los remordimientos acabaron por trastornarle el juicio, y porque el Ordenador de todas las cosas decretó que viviera así muchos años. Harto hice con esforzarme para salvar á ese niño que parecía perdido y condenado de antemano; yo le eduqué en el temor, acostumbrándole á una vida de contrición por los pecados que tanto pesaban sobre su cabeza antes de entrar en este mundo de réprobos. ¿Era esto crueldad? ¿No he debido sufrir por el contrario las consecuencias por esa falta, de que era inocente? El padre de Arturo y yo vivíamos en esta casa tan alejados uno de otro como cuando nos separaba una

mitad del globo. Ha muerto, y he recibido su reloj, con las palabras «no olvides.» Pues bien, no olvido, aunque no doy á esta frase la misma interpretación que él; yo leo que era yo la elegida para instrumento de su castigo, y nunca veré otra cosa en estas palabras.

Cuando la viuda revolvía la caja con la mano cuyo uso había recobrado sin notar, al parecer, este súbito cambio, Blandois exclamó, con un ademán de desprecio:

—¡Vamos, señora! el tiempo vuela; vamos, piadosa dama, despachemos; ya sé yo todo eso, y no me dice usted nada nuevo. Pasemos al dinero robado, ó ya le contaré yo lo restante. ¡Rayo del cielo! harto nos ha cansado usted ya con su jerga religiosa. ¡Veamos pronto lo del dinero robado!

—¡Miserable!—gritó la viuda ocultando la cabeza con las manos,—¿por qué fatal error de Jeremías, por qué olvido de su parte, pues él es el único que me ayuda en estas cosas, por qué resurrección de las cenizas de un papel quemado ha podido caer ese codicilo en manos de usted? Esto es lo que ignoro...

—Como quiera que sea—interrumpió Rígaud,—y por más que usted diga, la cuestión es que yo tengo en buen escondite esa adición lacónica al testamento del señor Gilberto Clennam, escrita de puño y letra de una dama aquí presente, con su firma y la de nuestro viejo intrigante. Esta es la verdad, mi querido Flintwinch, mi muñeco de cuello torcido. ¡Vamos, señora, despache usted porque el tiempo urge! Si no continúa, ya concluiré yo este interesante relato.

—No quiero—replicó la viuda ciega de cólera,—pues no quiero verme ni que los otros me vean en el retrato engañoso que de mí quiere hacer. Usted, con su infame experiencia de las cárceles y de los presidios, procuraría hacer creer que el dinero es el que me ha tentado; pero no... no es el dinero.

—¡Bah, bah, bah! dejaré á un lado por el pronto mi finura y mi galantería acostumbradas para contestar: ¡mentira, mentira, mentira! Usted sabe que ha suprimido el acta y guardado el dinero.

—¡No fué por el dinero, miserable!... (la señora Clennam hizo un esfuerzo para levantarse, y en su energía, casi consiguió ponerse en pie.) Gilberto Clennam, reducido á la imbecilidad, pudo figurarse en su lecho de muerte que debía hacer algo por una joven á quien su sobrino amó y que dominada por la tristeza habíase retirado del mundo después de ver hollado su culpable amor... y si en un momento de debilidad

me dictó á mí, cuya existencia había sido envenenada por esa mujer, un codicilo destinado á compensar inmerecidamente sus padecimientos... ¿es lo mismo haber querido evitar tal injusticia ó tratar de apropiarse por codicia una simple cantidad de dinero?... Esto se queda para hombres como usted ó sus compañeros de cárcel, que roban todos los días al primero que llega.

—Advierta usted que el tiempo urge. ¡Cuidado con lo que hace!

—Aunque se debiera quemar la casa desde el sótano hasta el granero, permaneceré aquí para justificarme y evitar que se desnaturalicen mis piadosas intenciones, comparándolas con las de un asesino y un ladrón.

Rigaud, por toda contestación, hizo castañetear los dedos junto al rostro de la señora Clennam.

—El anciano tío—dijo después de una pausa,—dejó mil libras esterlinas á la hermosa niña que usted mató á fuego lento, y otras mil á la hija más joven que el protector de aquélla pudiese tener á los cincuenta años, ó (en el caso de no haber ninguna,) á la hija de menor edad de su hermano, en recuerdo de la protección desinteresada que habría dispensado á una joven huérfana sin amparo. Tenemos pues un total de dos mil libras esterlinas. ¿No llegaremos nunca á la cuestión del dinero?

—Ese protector...—replicó la señora Clennam con mucha vehemencia.

—Yo quiero nombres—interrumpió Blandois;—déle usted el suyo; llámele Federico Dórrit, y dejémos de palabras encubiertas.

—Ese Federico Dórrit—repuso la viuda,—fué la causa de todo. Si no hubiese sido un aficionado á la música, y si en los días de su juventud y prosperidad no hubiera tenido casa abierta, donde los cantantes y comediantes y otros hijos de Baal volvían la espalda á la luz y la cara hacia las tinieblas, tal vez esa joven no habría salido de su humilde posición para precipitarse en el abismo de la iniquidad; pero no, Federico Dórrit, cediendo á las inspiraciones de Satanás, se consideró como un hombre de buen gusto, cree hacer una buena acción, y porque la joven tiene buena voz, hácele aprender música para que sea cantante. Después, el padre de Arturo, que aun en medio de los ásperos senderos de la virtud, siempre se dejó seducir por esas malditas tentaciones que se llaman «las artes,» llegó á conocer á Dórrit; y he aquí cómo por

su mediación, una perversa huérfana, de la cual se quería hacer una cómica, llegó á prevalecer sobre mí; he aquí cómo se me hizo traición y se me humilló... No á mí—añadió vivamente la viuda, sonrojándose de súbito,—digo mal, pues nada me importaban los agravios de semejante pecadora; nunca he pensado sino en las ofensas cometidas contra el Señor.

Jeremías Flintwinch, que poco á poco se había acercado al canapé, colocándose junto á la viuda sin que ésta lo notase, hizo una señal negativa con la cabeza al oír estas últimas palabras.

—En fin—continuó la señora Clennam,—pues ya llego al fin de mi historia, de la cual no hablaré nunca más... cuando yo suprimí el codicilo, con conocimiento del padre de Arturo...

—Sí, pero no con su consentimiento—interrumpió Flintwinch;—ya lo recordará usted.

—Yo no he dicho su consentimiento... (la señora Clennam, al ver á Jeremías tan cerca de ella, retiró un poco el sillón y miró á su socio con creciente desconfianza.) Usted sirvió con frecuencia de embajador entre nosotros, cuando el padre de Arturo quería obligarme á publicar ese codicilo, lo cual rehusé siempre, y harto sabe usted lo que pasó. Cuando suprimí ese documento no traté de destruirle, y lejos de ello guardéle en esta casa durante muchos años, pues como el resto de la fortuna del tío Gilberto recaía en el padre de Arturo, érame fácil, en un momento dado, entregar las dos sumas á los herederos, fingiendo haber encontrado este papel por casualidad; pero durante mi larga permanencia en esta habitación, no he tenido motivo para divulgar lo que había ocultado hasta hoy. Obedecer á las malas inspiraciones de un momento de delirio hubiera sido recompensar el pecado: he cumplido la misión que se me confiara, sufriendo entre las cuatro paredes de este cuarto lo que al Señor le plugo hacerme sufrir. Cuando el codicilo quedó destruído al fin... (por lo menos así lo creí,) la protegida de Federico Dórrit había muerto ya hacía mucho tiempo, y su protector, en justo castigo de su maldad, estaba arruinado y reducido á la imbecilidad; no tenía hijos, pero sí una sobrina; y lo que he hecho por ella valía más que una suma de dinero, de la cual no se hubiera aprovechado... Esa joven (al decir esto la señora Clennam fijó una mirada en el reloj,) era inocente, y tal vez no habría olvidado yo dejarla el dinero á la hora de mi muerte.

—¿Me permitirá usted recordarle un pequeño incidente de